

supremo de la verdad, y una quietud natural é ingenua en nosotros mismos, cuando hemos dicho de una idea : Esto no entra en mi entendimiento. ¡ Ah ! ¿ qué importa ? La cuestion es saber si esto es una desgracia para la idea ó para vosotros. Pero nosotros creemos voluntariamente que esta razon de repulsa es una condenacion definitiva, y nada nos parece mas sencillo que hacer de nuestro horizonte el límite de lo infinito. Queremos aun imponer á los otros nuestra individualidad intelectual, y cogemos ávidamente el primer poder que nos da siervos ó súbditos para hacer de ellos esclavos y adoradores de nuestro pensamiento. Nos sorprendemos de que se nos haga resistencia, y algunas veces tenemos un odio mortal á un hombre que no haya pensado como nosotros en una sola ocasion ; de suerte que el signo por excelencia de un alma grande es la modestia, el desinterés de sus propias ideas, la desconfianza de sí mismo. Pero no se llega hasta aquí sino con el largo aprendizaje de una virtud sazónada por la unidad, y hasta allí el egoismo intelectual nos impele á transformar la verdad en nosotros, en lugar de transformarnos nosotros en la verdad.

Este tercer elemento de la fuerza cismática es seguido de otro, que es el último, pero que no es el menor, quiero decir la omnipotencia arbitraria del entendimiento. Independientemente de su gusto por la luz, de su propension hácia las tinieblas, de su egoismo estricto, causas todas que le llevan á la separacion, el entendimiento es libre ; es libre contra el error, libre contra la verdad, puede todo lo que quiere.

Juzgad, Señores, si tal es la fuerza cismática, cuál debe ser la fuerza unitaria ; porque es necesario tambien que exista, pues que existe en el mundo una sociedad pública de los entendimientos. Suponed que ninguna fuerza unitaria contrabalancee la fuerza cismática, las inteligencias privadas de lazos, llevadas cada una donde el viento de la casualidad las impela, no se encontrarán mas que para chocarse, y formarán á lo mas algunas agregaciones fortúitas, como esas nubes que pasan por el cielo sin poder jamás crearse en él un día de reposo. Así, para servirme de una comparacion que os será fácil presentir, quitad de la mecánica celeste la fuerza que Newton llamó atraccion, y al momento mirad en direcciones opuestas los globos que pueblan el éter precipitados en su curso por esta otra fuerza que es la fuerza cismática del mundo material. Así tambien, quitad de una nacion la potestad que tiene en calma las pasiones y los intereses de tantos millones de hombres, y la veréis disolverse

en los furores de una guerra parricida. Necesita un principio de unidad superior á los elementos de discordia que alimenta en su seno, y este principio tiene un nombre, y es la soberanía : soberanía quiere decir superioridad por excelencia, y la superioridad por excelencia es la que sostiene y produce la unidad. El soberano es el sér que forma la unidad. En una monarquía es el príncipe ; en una aristocracia es el senado ; en una democracia es la asamblea del pueblo. Pero bajo cualquiera forma que sea, allí donde está la potestad que forma la unidad, está el soberano. Nos hallamos en un campo de batalla : cien mil hombres están en pié, y no obstante todo está inmóvil, todo calla, caballos, trompetas, el polvo ; ¿ qué sucede ? La unidad está en silencio y suspendida ; mira, espera, reina. A poco cae una palabra de sus labios ; truena el bronce, relinchan los caballos, se chocan las armas, devoran los escuadrones el espacio ; y aun reina la unidad : ella formaba el órden en la inmovilidad, ella lo forma en el movimiento. La unidad callaba, la unidad ha hablado ; la unidad ha sido soberana en uno y en otro caso : hé aquí toda la historia de una batalla ; y toda la historia del órden, por todas partes y siempre.

Pues que existe el órden tambien en el mundo de las ideas, pues que, á pesar de las espantosas fermentaciones de discordia que la remueven y la dividen, se ha podido fundar una sociedad pública de los entendimientos, es claro que existe tambien una soberanía intelectual, soberanía que únicamente posee la doctrina católica, pues que ella sola ha triunfado de la fuerza cismática que tiene las inteligencias en hostilidad y en disolucion. Así como no hay sociedad civil sin un gobierno civil, ni gobierno civil sin una soberanía civil, tampoco hay sociedad de los entendimientos sin un gobierno de los entendimientos, ni gobierno de entendimientos sin una soberanía intelectual, soberanía que no destruye la libertad de la inteligencia, como la soberanía civil no destruye la libertad civil, sino que al contrario la establece, librando á las almas del yugo desordenado de la fuerza cismática. Esta es la soberanía intelectual que han buscado y que buscan aun todos los autores de cismas, todos los que aspiran, por ambicion ó por amor á los hombres, á fundar la unidad pública de los entendimientos. Cuando sube un filósofo á la cátedra, se forma sencillamente de ella un trono, donde se coloca como soberano, y busca en su ciencia y en su genio el secreto de esa superioridad por excelencia que produce la unidad ; y tiene razon para hacerlo, hasta que persuadido de su impotencia, reconozca y adore la mano por la que reinan todos los reyes, y la que habiendo comunicado el imperio

de la tierra á los conquistadores, ha rehusado á los sabios y á los filósofos el imperio de la verdad para dárselo á Jesucristo, y por Jesucristo á la Iglesia católica.

Vamos mas lejos aun, Señores, é investiguemos en qué consiste la soberanía intelectual. Porque hasta que no lo sepamos, faltará algo á la evidencia de nuestras deducciones.

La soberanía intelectual no puede estar sino en las ideas ó en el espíritu. Es imposible colocarla en otra parte, porque todo lo que es intelectual es idea ó espíritu, objeto del pensamiento, ó sugeto pensante. Ahora bien, no es en el objeto ó en la idea donde reside la soberanía intelectual, la idea no vive independientemente del espíritu que la recibe; puede alterarse entrando en él, perder allí su rectitud y su fuerza, y no salir de él para pasar á otro espíritu, sino con un soplo frio é infecundo, como una flecha débilmente lanzada por un arquero sin vigor.

A la vista teneis ilustres ejemplos. La Iglesia griega tiene todas las ideas de la Iglesia católica, con poca diferencia, y no obstante la Iglesia griega yace inanimada, no teniendo mas unidad que la de un cadáver lleno de ataduras puestas por las manos sangrientas de la autoeracia rusa. La Biblia contiene tambien las ideas católicas, y los protestantes se han lanzado sobre ella con la esperanza de beber allí la vida, la unidad, la soberanía intelectual: ¿lo han conseguido? Mucho menos que los griegos: la inmovilidad ha conservado á estos alguna apariencia de un cuerpo; el movimiento ha reducido á aquellos á la consistencia de un monton de cenizas. ¿Cuál es pues la virtud de las ideas fuera del espíritu en que toman su forma, su poder, su inmortalidad? Pero el espíritu mismo ¿qué es, para que la soberanía intelectual tenga en él su trono y su accion? ¿Qué son los espíritus de que se compone la Iglesia católica? ¡Ah! hombres: vosotros, yo, el primer niño que al salir de esta asamblea vaya á confesarse. ¿Nuestra inteligencia, pues, tomada aisladamente ó en comun, posee la soberanía intelectual, esta superioridad formidable que hace diez y ocho siglos, á pesar de toda la fuerza cismática de que dispone el mundo, cautiva á ciento cincuenta millones de hombres al rededor de un mismo dogma? ¡y de qué dogma! de un dogma que no satisface su sed innata de luz, que irrita su pasion á las tinieblas, que hiere en lo vivo su individualidad espiritual, y pide á su libre albedrío una aceptacion sangrienta. ¡Qué! ¿nosotros, vosotros y yo, mil hombres, cien mil hombres, son capaces, por su propio espíritu, de tal acto de soberanía? no lo creais; guardaos de creerlo; esto no

es posible. Como hombres, no tenemos nada mas que lo que tienen los filósofos y los sabios, los cuales no han podido nada, y no han podido nada porque radicalmente todos los espíritus son iguales, porque ningun espíritu es soberano de otro.

¿Quereis volver á las ideas? Quereis deducir que la soberanía intelectual reside en la ideas, y que por su energía se nos ha sometido el mundo? Pero ¿por qué no se vician las ideas en nuestra inteligencia, como se vician en la inteligencia de los griegos y de los protestantes? ¿Quién pues, ó qué les da otro sér en nosotros? ¿Por qué tan vanas en otras partes, por qué tan sólidas en la Iglesia? Ya veis que está cerrado el círculo, y que la lógica no nos deja ningun asilo abierto.

No obstante, la unidad católica existe, y existe sola en el mundo; supone una fuerza unitaria, una soberanía intelectual: ¿quién nos la ha dado, puesto que no la dan las ideas y que no la posee el espíritu del hombre? Evidentemente hay en nosotros otro espíritu distinto del nuestro, nos anima otro espíritu, nos guarda otro espíritu, otro espíritu nos habla, el espíritu que se habia retirado del hombre en Babel, y que volvió el día de Pentecostes: el espíritu de Dios. El mundo es Babel, la Iglesia es el Pentecostes. Si Dios no está en la Iglesia, estará otra cosa, pero es seguro que no será el hombre.

He llevado hasta el extremo el análisis de las causas que explican el misterio de la unidad católica. Me detendré aun un instante para decir una palabra al racionalismo.

El racionalismo nos acusa frecuentemente de no ser justos con respecto á él. Parece creer que le disputamos todo el dominio de la verdad, como si fuese incapaz de descubrir ó de afirmar jamás una sola idea verdadera; nosotros no vamos hasta aquí. Pero, como quiera que sea sobre este punto, la cuestion entre él y nosotros es tambien una cuestion de soberanía. Nosotros le decimos que aun cuando tuviese toda la verdad, aun cuando tuviese, si fuera posible, mas verdad que posee la Iglesia, no reuniria los espíritus en una unidad estable, tal cual es necesaria á la vida de la humanidad, porque el racionalismo mas sincero y mas religioso no es sino un esfuerzo del hombre en favor del hombre, una tentativa de soberanía destinada á estrellarse siempre contra la inmensa fuerza cismática que está desgraciadamente en actividad en el mundo moral. Nosotros no reclamamos para nosotros, como hombres, esa soberanía que se escapa hace seis mil años de manos del racionalismo; sabemos que ningun espíritu es soberano de otro espíritu. Profesamos que es imposible, aun á Só-

crates y á Platon, hacerse un solo discípulo, y con mas razon un solo súbdito. La unidad de la Iglesia es para nosotros un fenómeno divino, que no se explica sino con la presencia perpetua del espíritu de Dios en médio de nosotros. Creemos que Dios se ha reservado la soberanía intelectual, y que todos los ensayos que se hagan para apoderarse de ella, no llegarán jamás sino á la servidumbre de las almas por la autocracia, ó á su ruina por la duda y la negacion. Por lo demás, estas dos pruebas son necesarias para la glorificacion de la unidad católica, para que asaltada siempre por imitadores armados con la ciencia ó el casco, pase por en medio de sus maquinaciones sin faltar á su destino, siempre vírgen, siempre madre, siempre reina, y viendo deshacerse en humo las esperanzas de una rivalidad que no la sigue siempre sino para coronarla siempre.

SERMON TRIGÉSIMO PRIMERO.

De la organizacion y de la expansion de la sociedad católica.

No hay duda que es mucho haber formado en el mundo una sociedad intelectual pública, haber establecido ideas inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. La doctrina católica lo ha hecho, y ninguna otra lo ha hecho despues de ella. Pero por notable que sea esta obra, y aunque no se la pueda atribuir mas que al espíritu de Dios, como que es incapaz de tal monumento el espíritu del hombre, no obstante, no es este aun el término de la accion social reservada á la doctrina católica. La sociedad que ha creado no se llama con el nombre abstracto de que nos hemos servido hasta ahora, no se llama una sociedad intelectual pública; su nombre es mas grave, mas significativo, mas difícil de llevar, mas célebre, en fin, y ya os habréis anticipado, llamándola la Iglesia ó la sociedad católica. Sí, este es su nombre; y este nombre supone desde luego que no se trata de una sociedad puramente intelectual, sino de una sociedad orgánica, en que ha tomado cuerpo la unidad doctrinal bajo un poder jerárquico, legislativo, judicial y administrativo, es decir, bajo un poder que goza de la totalidad de atributos necesarios á la vida real de una sociedad. Tal es en efecto la sociedad católica, como lo hice ver hace diez años, cuando, apareciendo por primera vez en esta cátedra, y considerando el fenómeno católico por su lado mas exterior, traté de la organizacion de la Iglesia, lo que me impone el deber de no detenerme hoy en esto. Pasaré pues adelante, y os haré observar que el nombre de católico no excita solamente la idea de la unidad intelectual en un cuerpo orgánico y viviente, sino que además significa la expansion universal de esta unidad: prodigio tan grande que la Iglesia, inspirada por Dios y desdenando todos los demás títulos, tales como los de *una*, de *santa*, de *apostólica*, que tenia tambien desde el primer concilio ecuménico de Nicea, ha retenido el nombre de *católica*, como el que la pertenece por excelencia, y que soberana-